

Mehdi, Muley Hassán El

Juan Pando Despierto

Fez, 1915 / Tánger, 1984

Emir (príncipe) de Marruecos, segundo jalifa del Protectorado español. Hijo de Mohammed el Mehdi, fue sobrino del sultán Muley Youssef, fallecido en Fez (1927) y primo de su hijo y nuevo sultán, Mohammed Ben Yussuf, decimotercer soberano de los alauíes. Fue designado jalifa (25 de julio de 1925) por su primo un año y nueve meses después de morir su padre. La guerra que persistía en el Rif y se extendía por el Garb, Gomara y Yebala, sumada a su juventud, fue causa del retraso en su proclamación. El 13 de diciembre de 1924, los restos del ejército de Castro Girona entraban en Tetuán después de una agotadora y mortífera retirada iniciada en Xauen el 17 de noviembre. La capital se hallaba cercada por un semicírculo de hostilidades: desde la orilla derecha del Martín hasta las alambradas de Ben Karrich, toda la tierra a la vista era enemiga y sus espaldas también tras sublevarse las tribus de El Haus y Uad Ras. No pocos cónsules extranjeros habían trasladado sus despachos a Ceuta. A los que se mantenían en sus puestos —representantes de Alemania, Francia, Inglaterra y Estados Unidos—, Primo de Rivera añadió el suyo, pues reunía los cargos de alto comisario y presidente del Directorio Militar. A Tetuán llegaban algunos refuerzos, pero de ánimos solo se contaba con los de Primo de Rivera y sus *cónsules* más enérgicos (Orgaz, Sanjurjo) o más capacitados (Bermúdez de Castro y Jordana hijo). No faltó el temple del jalifa aún sin proclamar, rodeado el joven Muley de esperanzas decapitadas. Si finalmente España caía derrotada tendría que partir hacia Fez, convirtiéndose en otro emir de los muchos que allí había, pero estigmatizado por la derrota de otros. Si no tenía tiempo de escapar del cepo tetuaní, estaba por ver que el caudillo triunfante, Mohammed Abd-el-Krim, le permitiese salir o le retuviese como rehén a su capricho.

En enero de 1925, los españoles sufrieron su última derrota en Alcazar-seguer, posición costera al noreste de Tánger. Asaltada en masa, fue arrasada y sus defensores aniquilados. Parecía el principio del fin, pero resultó ser el inicio de la resurrección militar de España. Ocho meses después, una flota hispano-francesa terminaba sus aprestos para zarpar hacia Alhucemas. El 3 de septiembre, el Gorgues reventó entero. Kudia Tahar, posición clave para la defensa de Tetuán, era atacada por las fuerzas de El Heriro, ex lugarteniente de El Raisuni, pero ya bajo las órdenes de Mhamed Abd-el-Krim, jefe del Ejército del Rif. El Gorgues era un continuo retumbe de estampidos artilleros y crepitante fusilería. Kudia Tahar empezó a arder. Sus llamas se veían a simple vista desde Tetuán.

Tahar había encajado más de doscientos cañonazos y la mitad de su guarnición yacía muerta o malherida. Las baterías españolas, emplazadas en la alcazaba, batían las escarpaduras enemigas. Los tetuanés más corajudos seguían la lucha desde azoteas y ventanas. Si esas llamas descendían hasta el pie de monte, significaría que en la última línea de defensa solo cadáveres habría. A las harcas del Heriro cruzar el Martín les llevaría quince minutos. Otro salto y adentro. Con Tetuán a degüello.

En la Alta Comisaría se hacían cálculos: faltaban cuatro días para los desembarcos en Alhucemas. *¿Aguantarían los hombres de Zaracíbar?* El capitán Zaracíbar cayó el 5 de septiembre, pero los suyos aguantaron un día más (los desembarcos fueron el 8) y otros cinco días también. Otro tanto aguantó Primo de Rivera en Alhucemas cuando, sin hacer caso a miedos sin causa ni fuste, dio órdenes tajantes (¿sugeridas por Goded?) para que una parte de los legionarios y Regulares se dirigiesen a Ceuta y, una vez ante el Gorgues, subiesen allá arriba a darlo todo, la vida por descontado, para rescatar a los moribundos y sedientos en Tahar. La posición fue liberada el 13 de septiembre y ese día a salvo quedó el jalifato alauí.

El 1 de octubre, Axdir era incendiada. En esas llamas pereció la República del Rif como forma estatal en cuerpo presente, no como idea subyacente, que subsiste. Treinta y ocho días después, Muley Hassán el Mehdi era proclamado jalifa en una Tetuán jubilosa por la triple victoria conseguida: el Rif derrotado, el Gorgues reconquistado, el jalifa proclamado.

Once años más tarde, España y Marruecos entraban en guerra. Contra otros: “los infieles”, los leales a la Segunda República. Golpe en Melilla, Tetuán, Ceuta, Larache y Alcazarquivir. Sublevaciones y ejecuciones sumarias en Madrid, Barcelona, Málaga, Sevilla, Granada, Guadalajara, Burgos, La Coruña, Pamplona, San Sebastián. España se fusila y crucifica a la vez. Comienza el reclutamiento de normarroquíes para los Regulares y de voluntarios para las tropas jalifianas. *Alto ahí.* Las fuerzas del jalifa son “marroquíes”; no forman parte del Ejército español aunque sus mandos sean españoles. Estos pelean entre sí por ideales contrapuestos y confesiones manifiestamente diferentes: unos con su Dios, otros sin dios. Las gentes de Marruecos no pueden participar en lucha tan extrema sobre una patria que no es la suya. La guerra es en la Península; es la metrópoli la que se agrede a sí misma: los marroquíes no pueden ser parte de un odio que se extiende por tierras fratricidas, en nada protectorales. Quien da ese “Alto” por escrito y se lo hace llegar (el 7 de agosto) al jalifa es Abd el-Jaled Torres,

líder del Partido Reformista, hijo de una de las más ilustres familias tetuaníes.

El Mehdi lee la carta de Torres, que asume pese al peligro de muerte allí latente. Para quien la ha redactado y para aquel que se atreva a considerarla *cosa propia*. El contenido de la carta se conoce en la Alta Comisaría al día siguiente, cuando Orgaz toma posesión como alto comisario. Exasperado, convoca a Torres con urgencia. El 9 de agosto, Torres se presenta en el despacho del alto comisario. Le acompaña el teniente coronel Juan Beigbeder, delegado de Asuntos Indígenas. Orgaz tuerce el gesto ante el *invitado*, pero accede a que pasen los dos. Orgaz pide “explicaciones” a Torres, advirtiéndole de las consecuencias de su “deslealtad”. Torres recuerda a Orgaz que “nuestra Ley prohíbe al musulmán luchar bajo una bandera que no es la suya y en defensa de unos intereses que no son los de su país”. Orgaz se transforma en un volcán. Y expulsa a Torres: “Fuera de mi presencia”. El hecho de hallarse presente un testigo cualificado (Beigbeder) coharta a Orgaz, que no toma medidas radicales.

Orgaz solicitó “inmediata audiencia” al jalifa. Concedida. Orgaz se presentó acompañado de Beigbeder. Esta “consideración” del alto comisario salvó a Beigbeder, al ausente Torres y al jalifa mismo. Si Orgaz hubiese llevado otros testigos —y coroneles no faltaban en la Tetuán de 1936—, la historia de España y del Protectorado hubiese tenido un final tan distinto como vertiginoso. Tetuán estaba “tomada” por milicias falangistas. Y el grueso de la Legión, en Dar Riffien, a media hora en camión de Tetuán, se hallaba bajo el mando del coronel Juan Yagüe, renombrado militar, pero falangista acérrimo. Orgaz tenía muy presente esa realidad táctica.

Ante Muley Hassán, Orgaz expuso las quejas que acumulaba por la actitud de Torres: en lugar de limitarse a delegar en los ulemas si los voluntarios normarroquíes podían servir o no en las *mehal-las* jalifianas, se había arrogado atribuciones de *jefe religioso*, que decidía sobre el bien y el mal de las gentes de Marruecos. Una indecencia aparte de una arbitrariedad. Tanto era así que él, como alto comisario, estaba decidido a llevar a Torres “ante un Tribunal militar”. Y bajo la acusación de “conspirar contra la seguridad del nuevo Estado Español”. Semejante introducción acusatoria suponía la pena capital. Aún faltaba lo peor. En un paso mal calculado, creyó Orgaz apropiado *dulcificar* su demanda diciéndole al jalifa que, dada la posición política de Torres, la Alta Comisaría “prefería que su detención fuese llevada a cabo por las autoridades marroquíes”, lo que suponía convertir al jalifa en cómplice de una detención que, con toda seguridad,

acabaría con el detenido ante un pelotón de fusilamiento.

Oír semejante *sugerencia* y ponerse en pie, crispada su expresión y llameante su mirada, fue todo uno para Muley Hassán. En frases cortas, sin mostrar vacilación alguna, previene al alto comisario que “se opone firmemente a tal castigo”; que “toma al coronel (sic) Beigbeder como testigo” y le exige “hablar por teléfono, ahora mismo, con el general Franco”. Orgaz solo acierta a protestar con vehemencia por el ultraje, agravado por ese recurso a Beigbeder como *testigo de otro*, cuando el teniente coronel le debe obediencia a él, que es su general, no al jalifa. Beigbeder trata de calmar a su superior jerárquico, ofendido en lo más vivo. La marea jalifal sube aún más. Y llega otro giro sobre el tornillo del potro donde Orgaz sufre tormento.

Cuando el alto comisario inicia su salida, Beigbeder, por señal de Muley Hassán, no por su voluntad (un desacato así le hubiese costado un consejo de guerra o un duelo a muerte), permanece en la regia estancia. Humillación añadida para Orgaz, que sale del *Mexuar* “despedido” por el príncipe, mientras este dialoga con quien ha sido testigo de su peor afrenta.

Este drama escénico pero real representa, mejor que ningún otro estudio, toda la furia y pasión, todo el furor y el pavor de aquellos instantes en un Protectorado de premovilización, representativos de un pueblo de guerreros al que parte de otro pueblo pide que se aliste con él para matarse juntos en su lucha a muerte contra esa parte del pueblo enemigo no presente.

Hay que reconocerle a Orgaz autodisciplina. Bastante. No tomó venganza por su mano, cuando tantos hicieron de tan odioso recurso un hábito diario de las dos Españas empeñadas en asesinarse en sus respectivas retaguardias. Franco y Muley Hassán no hablaron por teléfono. Ni era posible ni tenía ya sentido. Una carta de Orgaz, sin fecha, pero escrita en esos días, lo prueba. En ella, el alto comisario se quejaba ante Franco de no haberle podido localizar “por tus continuos desplazamientos”. Obviamente. Franco dirigía una guerra y no lo hacía bien (testimonios concluyentes de militares alemanes e italianos); Orgaz quería ganar la guerra desde su retaguardia africana. Y pudo perderla, haciéndosela perder a Franco y a la España Nacional. Beigbeder salvó a Torres y este hizo de Muley Hassán un héroe para el pueblo normarroquí. Pero esa “cortesía” de Orgaz, al permitir que Beigbeder fuese testigo de lo que parecía ser “la advertencia final” para el nacionalismo normarroquí, fue la resolutiva herramienta educativa que permitió a Beigbeder hacer de testigo en la defensa del jalifa y a este alzarse como juez protector de un Marruecos inmerso en una movilización ya

imparable.

En los años de la posguerra mundial, Muley Hassán tuvo que enfrentarse a las imprudencias de unos y los enfados de otros. Entre las primeras, su tan temerario como provocativo recorrido, entre abril y mayo de 1947, por los puertos arábigos, hasta recalar en Port Said, participar allí en la liberación *cinematográfica* de los Abd-el-Krim y sus familias, para luego completar su aventura con esa fotografía tomada en El Cairo, junto al sanedrín anticolonial de Burguiba y la complacida aquiescencia del ex presidente de la República del Rif, que terminaría en las calles ensangrentadas de Tetuán (sucesos del 4-8 de marzo de 1948).

A la furia de Varela le tocó a Muley Hassán aplacarla. No sabemos qué le dijo el jalifa al provocador de esa crisis ni a quien creyó ponerle fin con tan cortantes maneras. Perdieron los dos. Muley Hassán se replegó sobre sí mismo, no como hiciera su padre, sino desde una perspectiva ecuánime y estoica, para nada oscurantista. Le pagaron con años de frialdades y desdenes. No quiso Mohammed V que formase parte de su séquito negociador en aquel viaje al Madrid de abril de 1956. Se equivocó el monarca alauí. Muley Hassán fue leal a Marruecos desde antes de su proclamación, con diecisiete años. Si Mohammed V tuvo que soportar a Juin y Guillaume en 1953, Muley Hassán, en aquellos primeros días de agosto de 1936, ante un Orgaz irritado, a su vez rehén de un Tetuán *falangetizado* y una Ceuta *legionarizada*, probó que tenía lo que hay que tener para salir con vida del trance y salvar el futuro de Marruecos.

Muley Hassán fue más que un jalifa culto, noble y valiente. Actuó como monarca del pueblo normarroquí. Lo guió, protegió y tuteló. Testigo de dos grandes guerras, ninguna abrió él por su mano y tampoco ningún hijo suyo (lo contrario de Mohammed V y su hijo Hassán II, que combatieron a España, pero después de ser reyes y con la ayuda de Estados Unidos). Marruecos le debe reconocimiento a Muley Hassán. Y España hará mal si olvida el ejemplo y señorío encarnados en este inusual *Mehdi* (predestinado) de gestos admirables: combatiente de una resistencia sin ira y arquero de la dignidad; príncipe de normarroquíes y señor de españoles.